



Alguien equivoca el camino. El comportamiento de alguna persona nos afecta negativamente. La acción de uno hiere a otro. Es interesante observar las reacciones que una conducta puede desatar.

Todo comportamiento es juzgable porque todo comportamiento tiene consecuencias. Naturalmente abriremos un juicio de valor sobre que es lo que consideramos que está bien y lo que no lo está. La capacidad humana de sentir, discernir y considerar le permite, frente a la conducta de los demás, no solo reaccionar sino también, hacer un análisis de lo que produce en su interior el actuar del otro.

Antes de la acción

Antes de llegar a la instancia "A" que Jesús propone, en Mateo 18.15 en adelante, es lógico haber atravesado por esa experiencia. Alguien actuó de determinada manera y su acción me provocó algún sentimiento y, si este es de los que llamamos negativos, seguramente derivará en un malestar que, muy probablemente, al menos roce el enojo. La pregunta para hacerse es que hacemos a partir de ahí.

Suenan las alarmas

Las emociones son a nuestro ser interior lo que las sensaciones son a nuestro cuerpo. Nos alertan de agresiones o nos disponen al disfrute. Por eso un niño se acurruca para recibir las caricias de su madre y llora cuando el pañal está mojado. Por eso nos alegramos con palabras o gestos de afecto y nos dolemos cuando alguien nos agrede o ignora. Cuando las emociones surgen espontáneamente como reacción a un estímulo no podemos categorizarlas en si mismas como buenas o malas. Tan solo son como alarmas que nos comunican como van las cosas y nos indican que deberíamos tomar alguna medida al respecto. La pregunta es que acción iniciaremos.

El apóstol Pablo no condena el enojo en Efesios 4 pero si nos amonesta a que este no nos lleve al pecado. Podríamos seguir el mismo principio para con cualquier otra emoción que se nos despierte.

Jesús es bueno

El que mejor conoce nuestra condición humana nos ayuda y nos da un consejo práctico para tratar con las emociones que pueden despertarse frente a la conducta de otro. No hay palabras de condena por sentirse decepcionado, herido, alarmado, golpeado, usado, frustrado, traicionado o enojado. De ninguna manera. Hay un consejo tierno para tratar con esas emociones. El Maestro nos instruye en una receta que no tiene nada de mágica pero que, impulsada por el amor, tiene grandes probabilidades de éxito.



Vulnerables a pestes malignas

He visto con tristeza como todo tipo de acción, que no sigue los pasos que Jesús nos recomienda, deriva en consecuencias definitivamente negativas. Hablar de frente, teniendo en cuenta el amor y la verdad, siempre es el mejor camino para tratar con la conducta del otro y atender a mis emociones. No seguir el consejo de Jesús deriva en mayores dolores, pleitos, enemistades, divisiones y... otras "pestes malignas".

Alarmas que aturden

Las alarmas alertan pero no apagan incendios. Si una sirena suena frente a un siniestro uno se alegra de que el sistema de seguridad funcione. Pero si alguien hace que esa alarma siga sonando innecesariamente, su ruido no hace ningún aporte y solo produce pánico, confusión y contaminación. Con las emociones pasa lo mismo. La murmuración es una acción que lo único que logra es tomar la emoción inicial y transformar lo que era alarma en ruido contaminante. Jesús no nos propone ignorar el alerta pero si nos anima a calmar el ruido de nuestro interior para trabajar en la edificación del otro y en la propia. Nos invita a poner manos a la obra y apagar el incendio para no necesitar ya de sirenas molestas... Al menos hasta que sean necesarias otra vez.

Hacia la acción

¿Qué emociones puedo identificar que están requiriendo que abra el dialogo con alguien?

¿Qué puede estar provocando que esa emoción perdure haciendo "ruido" en mi interior?

¿Habré permitido, de alguna manera, que la murmuración le agregue más "ruido" a una situación dada?

